

## LECCION FINAL DE JORGE GUILLEN

*Emilia de Zuleta*

Cuando el 6 de febrero de 1984 llamó la muerte a la puerta de este buen caballero castellano, debió hallarlo a la altura de las circunstancias, dispuesto al diálogo paradigmático del buen morir que él mismo había glosado tantas veces, el de las *Coplas* de Jorge Manrique. Desde "Muerte a lo lejos", el poema incluido en la segunda edición de *Cántico* (1936), tantas veces citado, la conciencia de finitud era acompañada en su poesía por la afirmación de que, mientras hubiera vida "por delante", el acento debía ser puesto en el vivir. Cuando llegara el momento, el hombre aceptaría "con voluntad placentera", como el Maestre Don Rodrigo de las *Coplas*, la ley de la muerte, no su accidente. Si en aquel poema de la madurez había dicho "Alguna vez me angustia una certeza/ y ante mí se estremece mi futuro...", ya avanzada la edad, un comentario estilístico, claramente irónico atenuaba el discreto patetismo de estos versos: "Me inquieta, no me angustia -clara pausa- /La sensación de mi futuro corto" ("Muerte", *Y otros poemas*, 1973). Antes, la muerte en un futuro indeterminado, "a lo lejos", angustiaba; ahora, la conciencia de un "futuro corto" apenas inquieta a este cruzado del ser.

Ocho años más tarde, casi a los noventa de su edad, en el volumen *Final* de sus poemas escritos entre 1973

y 1981, esta aceptación de un orden en el que el hombre admite su mortalidad, de veras integrado en la Naturaleza, es completa:

"Mortal soy de minúscula morada,  
Hombre libre -si puedo- al fin humano.  
La gran Naturaleza me contiene,  
Dentro, muy dentro a gusto,  
Para mí ya bastante y con sentido.

¿Qué sentido? Muy ardua tentativa  
Que habremos de inventar a nuestro paso  
Por la Tierra. Será gran aventura  
Destinada a su círculo terrestre." <sup>1</sup>

La vida -y la poesía-, *ardua tentativa, gran aventura*, hasta alcanzar la cabal estatura humana, *dentro del mundo*. Precisamente "Dentro del mundo" se llama el bloque inicial de este libro, y "Fuera del mundo" su cierre. A esta última sección pertenece la serena constatación de verdades encontradas a lo largo de esa prolongada búsqueda de *sentido* que preside *Cántico* (1928, 1936, 1945, 1950), los tres volúmenes de *Clamor* (*Maremagnum*, 1957; ...*Que van a dar en la mar*, 1960; *A la altura de las circunstancias*, (1963), *Homenaje* (1967), la primera "suma poética", *Aire nuestro* (1968), *Y otros poemas* (1973). Poeta de claridades, en su discurso cada vez más concentrado y directo, insiste en la distinción elemental:

"Quevedo y otros dicen: Vida es muerte.  
La muerte es el principio de la vida.  
Hay contrarios humildes.  
¿La vida? Pues es vida. ¿Muerte? Muerte."  
(*Final*, 341)

---

<sup>1</sup> Jorge GUILLEN. *Final*. Barcelona. Barral Editores. 1981. En adelante citaremos por esta edición.

Por de pronto, el acento en el vivir como esfuerzo, humana tentativa que no se doblega *aún* a su término fatal, justo y aceptado:

"Cuanto nosotros somos y tenemos  
Forma un curso que va a su desenlace:  
La pérdida total.

No es un fracaso.  
Es el término justo de una Historia,  
Historia sabiamente organizada.  
Si naces, morirás. ¿De qué te quejas?  
Sean los dioses, ellos, inmortales."

(*Final*, 344).

La referencia a un orden trascendente que sostiene este orden visible queda -ya definitivamente-, en un plano conjetural de interrogación y duda, despojadas de toda angustia. La fe infantil, que no se perdió del todo, ha sedimentado en las palabras, en los sentimientos y los valores de su pueblo: amor, paz, piedad, caridad, humildad, hermandad ("El agnóstico", *Y otros poemas*, 346). Y las interrogantes de "Por de pronto" (...*Que van a dar en la mar*, 1960), "Plausible conjetura" (*Homenaje*, 1967), "Al margen de *El agnóstico*" (*Y otros poemas*, 1973), perduran sin agonía en los últimos poemas de *Final*:

"-Dios es el más importante:  
-¿Y si acaso no existiese?  
-Erguido en la interrogante,  
Siempre capital es Ese."

(*Final*, 345)

### *La lección final*

Porque la lección final de Jorge Guillén -en el doble sentido del término, lectura/enseñanza-, es la de la continuidad de su obra y de su vida, en la búsqueda del *contacto acertado* con la realidad que lo sostiene. Continuidad, captable en el universo, es evidencia de su armonía; e incorporada

a la mente del hombre es perfección, realización plena del ser. Discontinuidad es ruptura de esa armonía, discordancia que irrumpe en el orbe *bien hecho* donde Natura centra y sostiene al hombre en su lugar preciso y justo.

En 1962, a propósito de un modesto trabajito mío, *La esencial continuidad del "Cántico"*<sup>2</sup>, una carta de Jorge Guillén iniciaba una relación epistolar que duraría hasta su muerte. Siempre generoso en sus elogios, Guillén apuntaba a algo que hasta entonces la crítica había subrayado escasamente: la unidad de su obra. Por el contrario, en aquellos momentos, a raíz de la aparición de los dos primeros volúmenes de *Clamor*, muchos creyeron ver en ellos una palinodia del "poeta puro" de los años veinte que descendía ahora a las duras verdades de sus recientes experiencias personales e históricas. Decía allí: "Ha iluminado usted ese tema con precisiones muy atinadas y en un sentido que es el que a mí puede serme más grato. Esa continuidad es lo que yo quisiera conseguir. ¡Gracias!" (Río Piedras, 18-4-1962).

Este diálogo entre poeta y lectora -que al fin lectura es la función cabal del crítico-, se centró, reiteradamente, durante estos veinte años, en esa convergencia de sentido: "Usted avanza paso a paso -y con un conocimiento muy agudo y muy sensible verdaderamente satisfactorio- por lo menos para mí. Me es gratísimo sobre todo que usted considere toda mi poesía como un conjunto unitario" (La Jolla, 4-4-1972). Y casi al final: "La época actual no es precisamente muy tranquilizadora. A pesar de todo, nunca se pierde -¿verdad?- la esperanza en la continuidad vital. Sin embargo, qué revuelto este Viejo Continente y qué inquietas esas Américas. Vitalidad, vitalidad, adelante" (Málaga, 23-10-1981).

Continuidad vital/continuidad de la palabra y más aún, continuidad en el lector. Pues su fe no se depositaba en una posteridad abstracta, sino en un lector concreto, el "lector bien hecho" -lengua común, contemporaneidad,

---

2 Emilia de ZULETA. "La esencial continuidad del Cántico". En Universidad. 48. Santa Fe, 1961. p. 67-105.

sensibilidad ante lo humano-, convocado al ámbito de la creación lírica, sobre todo a partir de *Y otros poemas*. Desde la primera página de *Final* se define esta apelación al "lector superviviente", como se lo llama ahora. Si la perfección, dentro de la poética de Guillén, no es una meta alcanzada sino un esfuerzo hacia ella, esta función del lector es indispensable para que el "latente poema" alcance su "gracia extrema", pase de su dimensión potencial a la cabal.

Hoy, este lector superviviente tiene ante los ojos la obra completa, la "suma poética" que el poeta venía construyendo desde 1928, puliendo y corrigiendo las múltiples versiones de cada poema, ordenando y reordenando las partes dentro de cada libro, de cada poema dentro de las partes, cuidando las letras, los espacios, los márgenes y los claros. Muy joven aún había escrito: "Quien considere inconciliables la pasión con el orden ignora el meollo mismo del arte poético"<sup>3</sup>. Y hasta los últimos años fue creciendo en él esta pasión por el orden, a medida que arreciaban las amenazas del desorden que, en su visión coherente, eran amenazas contra el ser.

La primera versión "completa" de su obra, *Aire nuestro* (1968), publicada a los setenta y cinco años de su edad, se abría con un poema, "Mientras el aire es nuestro", donde el poeta reiteraba la clave de su cántico sin desmayos: el *contacto acertado* con la realidad que lo sostiene, en una relación vital con lo existente, en una plena identificación de vida y poesía que hacía suponer una prolongación del decir poético mientras durara el vivir. En efecto, por esos años seguía creciendo el caudal incorporado luego al grueso volumen de *Y otros poemas* (1973), ese "diario sin precedentes" que Vicente Llorens comparara al *Cancionero* de Unamuno.

Esa adición de poemas, muchos de ellos ocasionales,

---

3 Jorge GUILLEN. "Una jugada emocionante" [23 de enero de 1921]. En Hacia Cántico: Escritos poéticos de los años 20. Barcelona. Ariel. 1980. p. 103.

ya sugerida desde el título, apareció organizada rigurosamente, con una voluntad de simetría análoga a la ejercida anteriormente. El malogrado Ignacio Prat, que tan admirablemente describiera la compleja arquitectura de *Aire nuestro*, tuvo nueva ocasión de mostrar el orden minucioso de esta ala del edificio poético<sup>4</sup>. Para este creador de los años veinte, la arquitectura -como la música-, seguía imponiendo su lección de precisión, medida y armonía, al servicio de una sorprendente continuidad conceptual y expresiva.

Por último, el pequeño volumen de *Final* y allí, obstinadamente, vuelve la organización rigurosa de los materiales y la constante recreación de temas, motivos y formas. En su relación con el orbe, que no ha perdido su carácter mágico, fabuloso, el hablante lírico, *el dicente*, testimonia serenamente su afirmación de un orden que se impone, una y otra vez, sobre el desorden. En ocasiones, no es arbitrario hablar de una actitud pedagógica, sobre todo si se tiene en cuenta que el propio poeta escoge, como epígrafe de uno de los últimos poemas, el siguiente texto: "Metafísico estáis -Es que no como/. Babiaca a Rocinante./ -Pedagógico estáis. Es que yo como. /Nunca en desesperanza me extravió. / Armonía del Hombre con la Naturaleza" ("Epílogo", *Final*, 348).

Ya desde el comienzo del libro aparecen poemas donde esta impronta pedagógica es evidente. Así, en "Los cuatro elementos":

"Los hombres -pobres hombres-  
Mantienen convivencia necesaria  
Con ese alrededor que los sostiene:  
La tierra, más el agua, fuego y aire."

Y después de haber descripto cada uno de ellos, concluye:

---

<sup>4</sup> Ignacio PRAT. "Aire nuestro" de Jorge Guillén. Barcelona, Planeta, 1974; Id. "Estructura de Y otros poemas de Jorge Guillén". En Estudios sobre poesía española contemporánea. Madrid. Taurus, 1982. p. 134-153.

"Ahí está la natura prodigiosa,  
 Algo como una madre, como un padre.  
 Sin ellos no hay presente ni futuro.  
 ¿Y arriba a gran altura el primer Móvil?"

("Los cuatro elementos", *Final*, 23)

Así, en una breve exposición discursiva, potenciada en virtud del lenguaje de poema, se sintetiza nuevamente la lección de "Armonía del Hombre con la Naturaleza": cada componente elemental ocupa su puesto en el cosmos y la conciencia, instalada en su centro, parece tan necesaria como necesaria le es, ella misma, a la Naturaleza.

*Natura prodigiosa*, no sólo es la madre, sino la maestra de perfección, rigor, continuidad, puntualidad, a lo largo de los poemas de este libro que, lejos de mantenerse en la formulación abstracta de las verdades halladas, las encarna en la materia concreta. Los ciclos de la naturaleza, las horas del día -siempre privilegiado el amanecer y, ahora, despojada de connotaciones negativas, la noche-, fauna, flora, paisaje, mar. La fauna sigue aumentando y diversificándose en el mundo guilleniano, en un proceso que venía desde el primer *Cántico*, y había apuntado certeramente Justina Ruiz de Conde<sup>5</sup>. Esta poesía, en su creciente concretización, a las gaviotas, ballenas, caballos, jirafas, mariposas, buhos, gatos, ardillas, suma ahora vencejos, buitres, saltamontes. La conciencia vigilante tiene en estos poemas una perspectiva de observación privilegiada: el mar, ya no desde la orilla, sino contemplado desde el balcón, a lo largo de las horas, cambiante bajo la luz, acorde en su ritmo con el respirar del hombre. Y un mar, horizonte y cielo, surcado por el vuelo de las gaviotas:

"La tarde, sobre el mar tan luminosa,  
 Descubre  
 Sobre el agua posándose

---

<sup>5</sup> Justina RUIZ DE CONDE. *El "Cántico" americano de Jorge Guillén*. Madrid, Turner, 1973. p. 175.

Gaviotas y sus brillos, varios grupos  
Que a la extensión otorgan algo estable.

Los grupos, hermanados, sosegados,  
Bajo el sol permanecen,  
De su estancia interina en aquel punto  
De su viaje gozando,  
Felices.

A veces algún ave vuela, próxima,  
Sobre los grupos. Ya la luz se acorta.  
Se adivina la noche. Todas juntas,  
Las gaviotas se alzan y regresan  
A sus propios rincones.

Orden perfecto de Natura,  
madre de todos."  
("Gaviotas en grupos", *Final*, 319)

Asediada desde otros ángulos, redescubierta en otras formas y circunstancias de la materia, la lección se repite: "algo estable" que añade perfección, en cuanto *estar* es más que *ser*, desde el primer *Cántico*; en sus "propios rincones", ya que cada ser tiene su lugar asignado en la escala de los seres, en la sucesión de las estaciones y de las horas del día, entre los actos y objetos cotidianos.

Las flores, nuevamente lección de armonía en el orbe guilleniano, vuelven a ser objeto de contemplación rigurosa. Desde la inminencia encapsulada en el lirio silvestre, en impulso ya hacia su plenitud (*Perfecta flor entera / fatalmente prodigio*, "Lirio silvestre", *Final*, 34), hasta la perfección, morosamente inventariada, de la margarita que se abre a la luz para recogerse con la noche (*Natura. Maravilla. Sin lección*, "Una margarita", *Final*, 35).

Y, naturalmente, el amor como suma y culminación del mundo bien hecho, porque en él se alcanza plenitud de realidad:

- Amor, tu amor  
Me conduce hasta el ápice, me llena  
De ser el ser con riqueza de mina.  
("Ella, él", *Final*, 106)

Dos conjuntos de poemas breves, bajo los títulos de "La expresión" y "Vida de la expresión", abarcan con voluntad totalizadora todos los aspectos de la creación lírica, y en tal sentido vienen a confirmar otros ejercicios metapoéticos de libros anteriores y, en particular, por su desarrollo sistemático, la serie "Res poética" de *Y otros poemas*. La afirmación central de esta poética consiste en la identificación entre vida y creación: el hombre tiende hacia la forma y la expresión es su omega; todo lo bien vivido va en busca de algún decir. A partir de allí, en núcleos concéntricos, los desarrollos necesarios y coherentes: el poeta es el eminente (el héroe en el lenguaje guilleniano), en diálogo con la musa, descubriendo y situando las palabras prodigiosas que dan cuenta de la perfección del mundo y denunciando la ambigüedad, la imperfección y el nihilismo. Pero es también el gran laborioso, el artesano en rumbo de trabajo hacia el poema, criatura viviente que se realizará en el lector, "final taumaturgo".

Y frente al *mundo bien hecho*, el *mundo mal hecho*, que la conciencia percibe como desorden, discordancia, ruptura del *Acorde* que manifiesta la armonía del Universo y su interiorización en el hombre. Los enemigos del ser multiplican las máscaras, los *simulacros* con que han venido intensificando su ataque en los últimos libros. El azar y el caos, en siniestra alianza, vuelven a ser enfrentados con lucidez ética infatigable.

El caos se identifica ahora con la revolución y con las formas destructivas que rebajan al hombre: la proclamación de la nada y del desorden, las utopías violentas, las dictaduras, la intolerancia inquisitorial contra el disidente, la guerra civil, el Poder y los Negocios que conducen al final cataclismo. El coro de fuerzas negativas se integra con decadentes, *snoobs*, pedantes, dogmáticos, ambiguos, narcisistas, frente a los cuales la voz poética se carga de ironía, denuesta con vigor y se desnuda hasta el prosaísmo.

Prosiguiendo una línea que viene desde *Cántico* -otra vez continuidad-, el *silencio* se carga de connotaciones positivas, en contraste con *ruido*, que es discordancia. La perfección de la materia se impone por su peso, envuelta

en un gran silencio, y la palabra que la dice se presenta despojada de elementos superfluos, también rodeada de silencio, necesaria textura para que cobre su relieve lo dicho. Por eso, la Bestia Humana es en este libro "la bestia parlanchina y discursiva" que prepara su propia destrucción ("¿Fin del mundo?", *Final*, 328).

### *La "ardua tentativa"*

En tanto, arrecia el cansancio, la vacilación de la vejez, la debilidad del cuerpo y, ocasionalmente, la crisis del ánimo que el poeta registra con melancolía.

Sin embargo, aun en este libro del final, prosigue la *ardua tentativa* de alcanzar el pleno ser en una "larga marcha nocturna hacia la aurora", no hacia una serenidad abstracta, sino hacia una "paz tan concreta, bien vivida" (*Final*, 329).

En este camino lo acompañan las voces afines que ya desde *Homenaje* habían venido incorporándose a su poesía en citas, epígrafes, composiciones celebratorias o conmemorativas, "al margen de", o en las "variaciones", versiones -a veces múltiples de un poema-, donde se revelan tanto la maestría en la recreación como la profundidad de la experiencia de lectura. "Y si no hubiese lectura ¿cómo podría haber creación original?", me escribía el poeta (Málaga, 23-10-1981), confirmando la importancia de esa experiencia que, lejos de ser secundaria, es capital, puesto que incorpora realidad decantada y depurada. Y, como en todos estos últimos libros suyos, el autocomentario en poemas completos o en citas parciales de su propia poesía, ella misma objeto de relectura.

De este modo son convocados los clásicos, Virgilio cuya traducción por Fray Luis de León y su mismo texto latino sirven de base para el reconocimiento de coincidencias ("Este contacto con la vida misma, /Con esa realidad tan inmediata, /Y siempre trabajada, constituye /Visión, visión del Ser que Es, férvido /Sin retorno a bucólica...", "Geórgicas", *Final*, 242). Fray Luis de Granada de cuya *Introducción*

del *Símbolo de la Fe* glosa textos exhortativos, convergentes con su propia relación con la naturaleza: "Mirad, mirad bien / Con fe -o solo amor. Natura siempre" (*Mirar bien*, *Final*, 251). Santa Teresa de quien rescata el llano desenfado, la humildad, la energía, el rechazo de todo antojo e ilusión ("Amor de Santa Teresa", *Final*, 252). Gabriel Miró, de cuya obra había desentrañado tan acertadamente toda una poética del lenguaje suficiente (*Lenguaje y poesía*, 1962), y ahora reencuentra para confirmar sus aspectos centrales: el poder del lenguaje y la plenitud de la contemplación de lo concreto:

"Gabriel Miró, sensible criatura,  
De previas negaciones ignorante,  
Siente que se le tienden sus palabras,  
Activas cazadoras,  
Hacia esas realidades, que ya intuye,  
No ilusión de la mente.  
Oh doble ingenuidad, y felicísima,  
Su lenguaje es poder y el mundo existe."  
(*"Gabriel Miró"*, *Final*, 264)

Y presencia de lo concreto real, en virtud de la contemplación, se evidencia en un bodegón de Sánchez Cotán, el cartujo de Granada, a cuyo crítico mayor, Emilio Orozco Díaz, aparece dedicado el poema:

"Los objetos-objetos  
Descansan, reductibles  
A su materia inerte  
De modo radical,  
Tan intenso, tan puro  
Que la materia alcanza  
Plenitud de sentido,  
Como si revelase  
Ya la noción del Ser  
Ante quien ve y admira,  
De pronto ingenuamente aristotélico."  
(*"Naturaleza siempre viva"*, 253)

El héroe, que en la poesía de Guillén es "quien más afirma", reaparece en estos poemas últimos con notas análogas a las que lo habían caracterizado en ocasiones anteriores. Y si antes Sancho ("Dimisión de Sancho", *A la altura de las circunstancias*), o Lázaro ("Lugar de Lázaro", *...Que van a dar en la mar*), daban la medida del heroísmo alcanzado por los humildes que, en circunstancias cotidianas, aparentemente vulgares y aun grotescas, llegan a su cabal estatura humana, ahora es Job, otro esforzado humilde que resigna su rebelión y acepta los designios del Altísimo.

Con conmovedora coherencia conceptual y expresiva, la visión del mundo -gnoseología, ética, metafísica-, de Guillén, sus palabras, ya cerrada su obra, sobreviven invitando a la lectura circular y sincrónica propuesta por Ricardo Gullón e Ignacio Prat. Si la poesía es *una voz*, como decía Croce, la voz de Guillén, insistente, reiterativa, apurando la sustancia de su lenguaje, convoca a una aventura de leer de inagotables perspectivas.